

## **Doctorado honoris causa de Eulalia Pérez Sedeño por la Universidad de Salamanca**

### **Laudatio de Ana Cuevas, profesora y madrina**

*Comunicación Universidad de Salamanca / 25/10/2024*

Permítanme comenzar leyéndoles unas pocas citas de varios reconocidos filósofos:

Según Platón: «De aquellos que nacieron como hombres, todos los que fueron cobardes y se pasaron la vida haciendo maldades fueron transformados, en su segundo nacimiento, en mujeres (...) Tal es el origen de las mujeres y de todo lo que es femenino».

Aristóteles, discípulo de Platón y muy interesado en el comportamiento animal dijo: «En cualquier tipo de animal, siempre la hembra es de carácter más débil, más maliciosa, menos simple, más impulsiva y más atenta a ayudar a las crías».

Agustín de Hipona, filósofo y santo, creía que «Es orden natural entre los humanos que las mujeres estén sometidas al hombre, porque es de justicia que la razón más débil se someta a la más fuerte». Y Tomás de Aquino, el Doctor Angélico, consideraba que «como individuo, la mujer es un ser endeble y defectuoso».

Ya, con algo más de gracia, aunque no menos hiriente, Erasmo de Rotterdam afirmaba que «La mujer es un animal inepto y necio, pero por lo demás, complaciente y gracioso».

Schopenhauer, uno de los filósofos que nos ha dedicado más lindezas, decía: «Las mujeres son animales de pelo largo e ideas cortas», y también que «Las mujeres son el segundo sexo, inferior al masculino en todo respecto. Uno debe perdonar sus debilidades, pero rendirles homenaje es totalmente ridículo».

Nietzsche tampoco nos tenía demasiado aprecio, para él: «La mujer no busca la verdad. ¿Qué le importa a ella la verdad? Desde el principio de los tiempos, no hay

hada más ajeno, odioso y contrario a la naturaleza de la mujer que la verdad; su gran arte es la mentira; su mayor preocupación es la apariencia y la belleza».

Y, para no dejar fuera a nuestro filósofo más internacional, Ortega y Gasset ya en siglo XX, creía que: «El fuerte de la mujer no es saber sino sentir. Saber las cosas es tener conceptos y definiciones, y esto es obra del varón».

La filosofía tiene una peculiaridad de la que otras disciplinas carecen. Para nosotros, los autores clásicos continúan siendo pensadores que leemos y estudiamos. La presencia de su pensamiento no pierde vigencia a pesar de que hayan transcurrido, ya no décadas, sino siglos desde que fueron enunciadas. Por supuesto, somos conscientes de que son hijos de su tiempo, y de que muchos de ellos participaron de los mismos prejuicios que sus coetáneos. Sin embargo, no por ello deja de llamar la atención que esas frases que les he leído las dijeran pensadores a los que tanto admiramos por su sensibilidad frente a otras causas, por su capacidad de criticar las formas de pensamiento establecidas, por ir más allá de lo aceptable en su momento y lugar. Ciertamente, no se les recuerda especialmente por esa actitud de desprecio hacia las mujeres. Y no quiero hoy ni justificarlos ni criticarlos, sino poner en evidencia lo difícil que ha sido y sigue siendo para las mujeres, en todo el mundo y toda época, dedicarse a una disciplina a la que, de muchas maneras, algunas más sutiles que otras, nuestros referentes históricos nos invitaban a abandonar: por ser moralmente malas, o por ser intelectualmente inferiores.

Seguramente les sorprenderá saber que actualmente la filosofía sigue siendo un ámbito muy masculinizado. Según un trabajo publicado por mi compañera Obdulia Torres, del total del profesorado en Facultades de Filosofía, solo un 26% son mujeres, y en comparación por categorías, dentro de las cátedras en torno al 12 % estarían ocupadas por mujeres; entre las titulares solo un 24%; en el colectivo de contratados doctores mejoran algo los números, un 42% son mujeres, pero las cifras vuelven a bajar entre ayudantes doctores, de quienes solo un 26 % lo son. La situación de la filosofía no guarda ninguna relación con la de las humanidades, ni con la de las ciencias sociales, que serían sus áreas afines. Lo que, en palabras de Eulalia Pérez sedeño, la persona a la que este estudio incorpora hoy entre sus doctres, se traduciría en que la filosofía se comporta como la peor de las ingenierías. No es legítimo inferir que esta situación se deba a la tradicional misoginia de muchos de nuestros referentes históricos, pero seguro que tampoco ayuda. Lo que sí creo que puede ayudar a subvertir esta desproporción numérica

es ser conscientes de que existe, hacerla evidente, y así intentar encontrar soluciones.

Precisamente Eulalia Pérez Sedeño ha sido una de las primeras filósofas que introdujo en nuestro país lo que se conoce como los *estudios de género*. Si bien comenzó su carrera con una orientación hacia la lógica, una estancia en la Universidad de Cambridge en 1988 le lleva a este ámbito de estudio, una investigación que vertebrará, a partir de ese momento, toda su carrera. Eulalia Pérez Sedeño ha abordado los estudios sobre las mujeres prácticamente desde todas las perspectivas filosóficas: la recuperación de mujeres opacadas, las epistemologías feministas, los sesgos de género en la investigación científica, la situación de la mujer en los sistemas de ciencia y tecnología. En 1993 se publicó en la revista *Arbor* del CSIC un monográfico sobre el tema, y Pérez Sedeño lo introduce con un artículo titulado *Mujer y Ciencia*, en donde hace una recuperación de algunas de las científicas olvidadas de la Antigüedad. A partir de entonces comienza una línea de investigación que refleja las dificultades de las mujeres para acceder a la ciencia, ya sean los supuestos obstáculos de índole biológico, los institucionales o los sociales.

Eulalia Pérez Sedeño realizó el primer informe de indicadores que reflejaba la situación de la mujer en el sistema académico español: los datos manifestaban de forma inequívoca la discriminación que las mujeres habían estado soportando durante años. Ese trabajo fue objeto de una enorme divulgación y abrió la puerta a una línea de investigación que ha fructificado, no solo en forma de indicadores, sino también en análisis de los factores que subyacen a la discriminación y las medidas políticas necesarias con las que abordarlo.

En 1999, en la Universidad del País Vasco, se convirtió en la primera Catedrática en el área de Lógica y Filosofía de la Ciencia de toda España. Tres años después, se incorporó al Instituto de Filosofía del CSIC en comisión de servicios, donde estuvo hasta junio 2006, cuando obtuvo ya la plaza de Profesora de Investigación en Ciencia, Tecnología y Género en el Departamento de Ciencia, Tecnología y Sociedad del Instituto de Filosofía del CSIC, donde sigue trabajando en la actualidad.

Su compromiso con los problemas de género se ha traducido en acciones concretas y con gran repercusión internacional. Por un lado, impulsó la introducción de los módulos de género en los cursos para el profesorado de secundaria, sensibilizando a los profesores en esta temática, e intentando producir

cambios efectivos en esa etapa educativa tan sensible. Por otro, desde la Fundación Española para la Ciencia y Tecnología (FECYT), en donde también tuvo el honor de ser la primera mujer directora, emprendió acciones para hacer visible lo invisible y potenciar la presencia de las mujeres en el mundo de la investigación. Y desde el lado asociativo, en 1996 organizó por primera vez el *Congreso Iberoamericano de Ciencia, Tecnología y Género* que, desde entonces, se ha venido realizando cada dos años de forma ininterrumpida, a este y el otro lado del Atlántico. Estos congresos han permitido aglutinar un enorme número de investigadoras iberoamericanas en la Red Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Género, formada por más de 80 investigadoras de 10 países y coordinada por ella.

Asimismo, ha publicado y editado una ingente cantidad de libros y artículos. Ha formado a un gran número de investigadores en el área, y ha liderado un gran número de proyectos de investigación en lo que ha denominado Tecnologías del cuerpo:

Su vinculación con la Universidad de Salamanca se manifiesta, por un lado, a través del Máster en Lógica y Filosofía de la Ciencia, coordinado por la Usal y en el que ha sido docente desde su inicio, así como en el Programa de doctorado en Lógica y Filosofía de la Ciencia, del que forma parte también desde el comienzo, formando en perspectiva de género a los futuros doctores del área.

Y, no menos importante, nos abrió el camino a muchas mujeres en un mundo académico de larga tradición masculina, como es la filosofía en general y la filosofía de la ciencia en particular, haciéndonos ver que, todas aquellas frases que nos dedicaban los grandes filósofos no se debían a cualidades inherentes de las mujeres, sino a una misoginia injustificada. Su docencia incisiva acerca de las buenas prácticas en la ciencia, su ejemplo y dedicación continúan siendo un referente para todas nosotras.

Muchas gracias Eulaia

Muchas gracias a todos